

puntos. En Nápoles solo teníamos que habérmolas con montañeses de Calabria, ó con ingleses que saltaran en tierra desde sus buques sin tropas de á caballo; pero sin embargo, habia en aquel pais diez y seis regimientos nuestros de esta arma, algunos de los cuales eran de coraceros, y los mas hermosos del ejército. Napoleon hizo, pues, que diez marchasen á la Italia alta, dejando seis únicamente de caballería ligera, cada uno de los cuales llegó á tener mil hombres, gracias al gran número de conscriptos enviados mas allá de los Alpes, es decir que debian presentar una fuerza de seis mil hombres, proporcionando cuatro mil ginetes siempre dispuestos á montar á caballo, y que bastaban para hacer el servicio de observacion que habia que hacer en el reino de Nápoles.

Las llanuras cortadas de la Lombardia, en que son tan difíciles los movimientos de la tropa de á caballo, por los canales, los rios y las largas cortinas de árboles, no eran tampoco un pais en que fuese muy necesaria; ademas de que yendo como habian ido desde el Mediodia al Norte de Italia dos regimientos de aquella arma, se podia separar de ellos algunos, para dirigirlos al ejército grande. Napoleon entresacó, pues, una division de coraceros, formada con cuatro regimientos; que despues se distinguieron tanto á las órdenes del general España, y de la caballería ligera los regimientos de cazadores número 19, 24, 45, 3.º y 34, que fué enviando á Alemania; de suerte que con los cuatro de coraceros, eran nueve los regimientos de caballería sacados de Italia, ó lo que es lo mismo una fuerza de cerca cinco mil caballos, parte

de los cuales iba montada, y parte á pie para remontarse en Alemania.

Ocupóse al mismo tiempo Napoleon en poner en pie de guerra el ejército de Italia, á donde habia enviado veinte mil hombres de la conscripcion de 1806, encargando al principe Eugenio no descuidase su instruccion. Dispuesto á penetrar en el Norte, y dejando como dejaba á su espalda al Austria, mas asustada pero tambien mas hostil desde lo de Jena, quiso proceder sin tardanza á la formacion de divisiones activas, de manera que pudiesen entrar inmediatamente en campaña. Ya tenia en Frioul dos divisiones enteramente organizadas; pero mandó completar su artillería con doce piezas cada division, formar sin demora con todo lo necesario para la guerra, una division en Verona, otra en Brescia, y otra en Alejandria, cada una de ellas compuesta de nueve á diez batallones, preparar su artillería, componer sus equipages y nombrar su estado mayor. Lo mismo hizo con la caballería, disponiendo se completasen, no solo por lo que hace á la gente sino á los caballos, los regimientos de dragones sacados de Nápoles, y que se les diese ademas una division de artillería ligera. Aquellas cinco divisiones formaban un total de cuarenta y cinco mil hombres de infantería, y siete mil de caballería, ó lo que es lo mismo cincuenta y dos mil hombres vivos y efectivos; fuerza que aumentada en caso necesario con el cuerpo de Marmont, y parte del ejército de Nápoles, debia ser suficiente á las órdenes de un general como Massena, para contener á los austriacos, sobre todo si se apoyaba en plazas como Palma-Nova, Legaño, Venecia, Mantua y Alejandria. Napoleon



mandó situar en Venecia los ocho batallones de depósito del ejército de Dalmacia, en Osopo y Palma-Nova los siete del cuerpo de Frioul, y en Pesquiera, Legaño y Mantua los catorce del ejército de Nápoles. Cada uno de aquellos batallones contenía ya más de mil hombres desde el contingente de 1806, é iba á contener de mil y ciento á mil y doscientos con la llegada del cupo de 1807, en cuyo caso era fácil sacar de ellos las compañías de cazadores y granaderos, y componer con ellas divisiones activas excelentes. Tal era el fruto de una vigilancia que nunca desmayaba; pero no contento Napoleón, mandó acabar de surtir de víveres las plazas de guerra.

Así, pues, limitándose á desarrollar el vasto plan de precauciones que Napoleón adoptó al salir de París, ponía la Francia al abrigo de cualquier insulto por parte de los ingleses, libertaba á Italia de cualquier hostilidad repentina por parte de los austriacos, y sin desorganizar los medios de defensa de ninguna de las dos, sacaba de la primera siete regimientos de infantería, y de la segunda nueve de caballería, además de los regimientos provisionales, que partiendo sin cesar del Rhin, debían cubrir las bajas del ejército grande, y protegerle con la espalda.

Podemos calcular en unos cincuenta mil hombres los refuerzos que en un mes iba á recibir el ejército grande, y con los cuerpos que ya se le habían unido desde que entró en Prusia, haciéndole subir á cerca de ciento noventa mil, con los que se disponían á ingresar en él, y los auxiliares alemanes, holandeses é italianos, debía ascender á unos trescientos mil hombres; pero tal y tan ini-

mitable es la diseminación de fuerzas, aun bajo la dirección del general más hábil, que rebajando de esos trescientos mil soldados los heridos, los enfermos, cuyo número era mayor en invierno y en climas tan lejanos, los destacamentos que se hallaban en marcha, las guarniciones que se dejaban en el camino, y los cuerpos de observación, que solo podían entrar en fuego ciento cincuenta mil hombres. Tan cierto es que es preciso sean los recursos muy superiores á las necesidades ya previstas, solo para que sean bastantes á cubrir las necesidades efectivas; y si estendemos esta observación á todas las fuerzas que Francia tenía en 1806, veremos que con un ejército total, que iba á ascender en todo el imperio á quinientos ochenta mil hombres, y á seiscientos cincuenta mil con los auxiliares, á lo más podrían hallarse en el teatro de la guerra, entre el Rhin y el Vístula, ciento cincuenta mil sobre el mismo Vístula y ochenta mil quizá en los campos de batalla donde iba á decidirse la suerte del mundo. Y sin embargo, nunca habían marchado tantos hombres y caballos, nunca habían rodado tantos cañones con esa fuerza de agregación, hácia un mismo objeto.

Más no consistía todo en reunir soldados, siro que era preciso también buscar recursos rentísticos á fin de darles cuanto necesitasen. Ya hemos visto que Napoleón consiguió que el presupuesto de guerra ascendiese á 700.000.000 (820 con los gastos de recaudación): con esa cantidad tenía para mantener un ejército de cuatrocientos cincuenta mil hombres; pero como no iba á tardar en tener que pagar á seiscientos mil, resolvió sacar de



los países conquistados los recursos que necesitaba, para pagar sus nuevos armamentos. Siendo como era poseedor de Hesse, Wesfalia, Hannover, las ciudades anséaticas, Mecklemburgo, y por último Prusia, podía sin ser inhumano, imponer contribuciones á aquellos países. Por lo que hace á Prusia, habia dejado en todas partes las autoridades prusianas, aunque poniendo á su cabeza al general Clarke para el gobierno político del país, y para el rentístico á Mr. Daru, hombre muy capaz, aplicado, íntegro, y que entendia en todos los negocios de hacienda, con tanto acierto é inteligencia como los mejores empleados prusianos. Compuesta en aquella época la monarquía de Federico Guillermo, de la Prusia oriental, que se extendia desde Königsberg hasta Stettin, de la Polonia prusiana, Silesia, Brandeburgo, las provincias que hay á la izquierda del Elba, Wesfalia, y el territorio enclavado en Franconia, podía dar á su gobierno cerca de 120.000,000 de francos, deducidos de los mismos productos los gastos de recaudacion, satisfechas la mayor parte de las necesidades del ejército por medio de censos locales, y asegurados los gastos de caminos con ciertas prestaciones impuestas á los arrendatarios de los dominios de la corona. En aquellos 120.000,000 de renta, figuraba por 35 ó 36 la contribucion sobre tierras, por 18 el arrendamiento de los dominios de la corona, por 50 el producto de la sisa, que consistia en un derecho que pagaban los caldos y el tránsito de mercancías, y en fin por 9 ó 10 el monopolio de la sal, completándose los 120.000,000 con varios impuestos accesorios. Una porcion de empleados, reunidos en comisiones

provinciales con el nombre de *cámaras de dominios y de guerra*, administraban aquellos impuestos y rentas, entendian en los repartos, en la recaudacion, y en el arriendo de los numerosos dominios de la corona.

Napoleon decidió continuase aquella administracion, con todos sus abusos, abusos que no tardó en descubrir Mr. Daru, diciendo cuáles eran al gobierno prusiano para que le ayudase á corregirlos: tambien quiso Napoleon que en cada cámara provincial hubiese un agente francés que vigilase la recaudacion de las rentas, y que estas entrasen en la caja central del ejército, debiendo Mr. Daru inspeccionar la conducta de aquellos agentes, y centralizar sus operaciones. Así, pues, la hacienda de Prusia iba á ser administrada por cuenta de Napoleon y en provecho suyo, pero previendo no obstante que de resultas de las circunstancias actuales, el producto anual de 120.000,000 iba á quedar reducido á 70 ú 80, Napoleon usó del derecho de conquista, y no contento con los impuestos ordinarios, decretó además una contribucion de guerra, que podía ascender en toda Prusia á 200.000,000, y debia irse cobrando poco á poco, mientras durase la ocupacion, sobre el tercio de los impuestos ordinarios. Tambien impuso otra contribucion de guerra á Hesse, Brunswick, Hannover y las ciudades anséaticas, sin contar la aprehension de mercancías inglesas.

Con esto, debia mantenerse por sí el ejército, y no consumir nada sin pagarlo, como que se pagó con el producto de las contribuciones, tanto ordinarias como extraordinarias, una porcion de caballos que se compraron, y pedidos inmensos de



vestuario, calzado, jaeces y carros para la artillería, que se hicieron á todas las ciudades, pero en particular á Berlín, con el objeto de dar ocupaciones á artesanos y trabajadores, y proveer á las necesidades del ejército francés.

Estas contribuciones, muy gravosas sin duda, eran sin embargo el medio menos vejatorio de ejercer el derecho de la guerra, derecho que autoriza al vencedor á vivir á costa del país vencido, porque el merodeo de los soldados se sustitua con la recaudacion bien hecha de un impuesto. Por lo demás, aquellos rigores, inevitables en una guerra, se compensaban con la disciplina mas severa, y el respeto mas completo de la propiedad particular, esceptuando la devastacion del campo de batalla, devastacion que por fortuna cupo en suerte á muy pocas localidades; y si nos remontamos á lo pasado, veremos de seguro que nunca ha habido ejércitos que se portaran, no ya con menos barbarie, sino con tanta humanidad.

Dispuesto Napoleon por sus miras políticas á contemplar á la corte de Sajonia, le ofreció despues de lo de Jena una tregua y la paz, y aquella corte, tan honrada como tímida, aceptó con júbilo semejante acto de clemencia, entregándose á discrecion del vencedor. Napoleon convino en consecuencia en que fuese admitida en la confederacion rhenana, y que su soberano mudase el título de elector en el de rey, con la condicion de que le daria un contingente militar de veinte mil hombres, reducido por entonces á seis mil por consideracion á las circunstancias. El estender la confederacion del Rhin presentaba grandes ventajas, pues aseguraba á nuestros ejércitos el libre

paso por medio de la Alemania, y la posesion en cualquier tiempo que fuese de la línea del Elba, pero á fin de compensar las cargas de la ocupacion militar que quiso evitar á Sajonia en aquel tratado, prometió pagar una contribucion de 25.000,000 en dinero ó en letras de cambio á corto plazo.

Napoleon podia, pues, disponer mientras durase la guerra, cuando menos de 300.000,000; pero llevando la prevision hasta el último extremo no permitió que su ministro del tesoro se durmiese confiado en los recursos de Alemania. Al ejército grande se le debian 24.000,000 de sueldos atrasados, y Napoleon exigió que se depositase, parte de esta cantidad en Strasburgo y parte en París, en especies metálicas, porque no queria que en momentos urgentes, hubiese que correr tras de valores que hubieran sido empeñados por mas ó menos tiempo. De consiguiente, los dejó en depósito en París y sobre el Rhin, sin perjuicio de usar de ellos mas tarde, y provisionalmente hizo que se pagase el sueldo con las rentas del país conquistado, á fin de que los soldados pudieran servirse de su pré, mientras estuviesen en las poblaciones de Prusia, y les fuese dado proporcionarse los goces que solo se encuentran en las grandes poblaciones.

Terminadas todas estas disposiciones, el general Clarke, se quedó en Berlín para gobernar políticamente á Prusia, Mr. Daru para administrar la hacienda, y Napoleon puso en movimiento sus columnas con direccion á Polonia.

El rey de Prusia no aceptó la tregua que se le propuso, porque sus condiciones eran demasiado rigurosas, y porque se le habia hecho esperar



sobrado tiempo. Duroc se avistó con él en Osterode, es decir, en la Prusia antigua; pero le contestó que á pesar de que deseaba sinceramente suspender el curso de una guerra desastrosa, no podia consentir en los sacrificios que se le exigian; que pidiéndole como le pediamos, además de la parte de sus estados ya invadida, la provincia de Posen y la línea del Vístula, le queriamos dejar sin territorio y sin recursos; además de que quedaba espuesta Polonia á una insurreccion inevitable, y que por lo mismo se resignaba á continuar la guerra por necesidad, y por ser fiel á sus compromisos, pues habiendo como habia llamado á los rusos, le era imposible ayudarle cordialmente.

En vano reunieron sus esfuerzos MM. de Haugwitz y Lucchesini, que despues de haber participado por un momento del delirio general que se apoderó de la nacion prusiana, habian entrado en el camino de la razon guiados por la desgracia; en vano, decimos, reunieron sus esfuerzos para hacer que aceptase la tregua, diciendo que lo que se negaba á Napoleon iba á conquistarlo en quince dias, que se perdía la ocasion de contener la guerra y sus estragos, y que de tratar entonces perdian sin duda alguna las provincias situadas en la margen izquierda del Elba, pero que de entrar en tratos mas tarde, iban á perder, además de esas provincias, la Polonia: en vano dieron estos consejos MM. de Haugwitz y Lucchesini, pues no obtuvo crédito alguno su tardía prudencia. Trasladándose la corte á Kœnigsberg, estaba mas cerca de la influencia rusa; el infortunio, que calmó á los hombres sensatos, exaltó, por el contra-

rio á los hombres faltos de razon, y en vez de imputarse á sí mismo el partido de la guerra los reveses que acababa de sufrir Prusia, los atribuia á traicion del partido de la paz. La reina, furiosa con el dolor, insistia mas que nunca en que se volviese á probar la suerte de las armas, con las fuerzas prusianas que quedaban, el apoyo de los rusos, y las ventajas que les daba la distancia, ventajas de consideracion para el vencido, y sumamente perjudiciales para el vencedor. MM. de Haugwitz y Lucchesini, privados de toda autoridad, perseguidos con injustas acusaciones, y colmados de ultrages algunas veces, presentaron su dimision; y el rey, que era mas justo que la corte, se la concedió con mil demostraciones de atencion, sobre todo con respecto á Mr. de Haugwitz, cuyas luces nunca habia cesado de apreciar, cuyos largos servicios conocia, y cuyos consejos sentia no haber seguido siempre.

Los rusos iban llegando efectivamente al Niemen, cuyo rio pasó el dia 1.º de noviembre con direccion al Vístula, un cuerpo de cincuenta mil hombres, mandado por el general Benningsen. Otro, de igual fuerza, seguia al primero á las órdenes del general Buxhoevden; organizábase una reserva bajo la direccion del general Essen; parte de las tropas del general Michelson subia por el rio Dniester para acudir á Polonia, y una nube de cosacos, que habian abandonado sus desiertos, iban delante de las tropas regulares, pero la guardia real no habia salido aun de San Petersburgo. Tales eran las fuerzas disponibles entonces en aquel vasto imperio, que por segunda vez demostraba no eran iguales sus recursos á sus preten-



siones. Unidos á los prusianos, y mientras no llegaba la reserva del general Essen, los rusos podían presentarse en el Vistula con ciento veinte mil hombres, y esto no era para alarmar á Napoleon, si el clima no hubiese favorecido de un modo terrible para nosotros á los soldados del Norte, advirtiéndolo que no solo entendemos por clima el frio, sino el terreno, ó lo difícil que era caminar y mantenerse en aquellas inmensas llanuras pantanosas unas veces, arenosas otras, y mas cubiertas de arbolado que cultivadas.

Además, los ingleses se habian comprometido á contribuir con dinero, material y aun gente, anunciando que desembarcarian tropas en diferentes puntos de las costas de Francia y Alemania, y especialmente que enviarian una expedicion á la Pomerania sueca, á espaldas del ejército francés. Efectivamente, tenían un punto de apoyo muy cómodo en la plaza inundada de Stralsund, situada en las últimas lenguas de tierra del continente alemán, guarnecida por suecos, y preparada para recibir á las tropas inglesas en un asilo casi inviolable. Sin embargo, era probable absorbiese la atención y las fuerzas de los ingleses el deseo de apoderarse cuanto antes de las ricas colonias de Holanda y España, mal defendidas en aquel momento, á causa de que solo se pensaba en la guerra continental. Otro recurso, mucho mas inútil todavía que el que se esperaba de los ingleses, formaba el complemento de los medios de la coalición; á saber, la intervencion de Austria, pues se lisonjearan que si un triunfo cualquiera coronaba los esfuerzos de los prusianos y rusos, se declararía el Austria en su favor, y casi contaban con que

los ochenta mil austriacos reunidos en Bohemia y Galliticia, no tardarian en agregarse á las tropas beligerantes.

Todo esto inquietaba muy poco á Napoleon, lleno entonces de orgullo y confianza mas que nunca lo estuvo; y así ni le sorprendió ni contrarió sus fines el que Prusia no quisiese aceptar la tregua; antes, por el contrario, escribió al rey de Prusia: «V. M. ha dispuesto se me diga que se ha echado en brazos de los rusos, y yo contesto que el porvenir dará á conocer si el partido que ha adoptado es el mejor y mas eficaz que podia adoptar... V. M. ha cogido el cubilete, y quiere jugar á los dados, ellos serán, pues, los que decidan la partida.»

Hé aquí las disposiciones militares que tomó Napoleon para entrar en Polonia. Como de resultados de los preparativos generales que hizo en Francia é Italia, y los medios diplomáticos que ponía en juego en Oriente, nada podia temerse al pronto por parte de los austriacos, estaba tranquilo por este lado. Mayor peligro ofrecian los desembarcos de los ingleses y suecos en Pomerania, que tenían por objeto sublevar á su espalda á Prusia, abatida y humillada; pero sin embargo no dió gran importancia á aquel peligro, pues escribió á su hermano Luis que le molestaba con su alarmas: «Los ingleses tienen que hacer cosa mejor que desembarcar en Francia, Holanda ó Pomerania: mas quieren robar colonias á todas las naciones, que intentar desembarcos, de que no sacan otra ventaja que ser arrojados vergonzosamente al mar.» Lo mas que creía Napoleon era que los doce ó quince mil suecos que habia en Stralsund intentasen algo;



pero en todo caso ahí estaba para evitarlo el octavo cuerpo confiado al mariscal Mortier, quien después de ocupar á Hesse y enlazar el ejército grande con el Rhin, debía, ahora que Hesse estaba ya desarmada, contener á Prusia y guardar el litoral de Alemania. Componiase aquel cuerpo de cuatro divisiones; una holandesa, que no tenia destino fijo desde que el rey Luis regresó á Holanda; otra italiana, que habia sacado de Hesse para Hannover; y dos francesas, que iban á completarse con parte de los regimientos recién sacados de Francia. Una porcion de aquellas tropas debía poner sitio á la plaza hannoveriana de Hameln que aun permanecía en poder de los prusianos, otra ocupar las ciudades anseáticas, y situado el resto hacia Stralsund y Anklam, estaba destinada á hacer que los suecos se volviesen á encerrar en la primera de estas dos plazas, si salian de ella, ó á dirigirse hacia Berlin, si se apoderaba de la plebe de la capital un desesperado frenesí.

Consiguiente á esto, se mandó al general Clarke se pusiese de acuerdo con el mariscal Mortier para ver de conjurar cualquier suceso que ocurriese; no se dejó un fusil en Berlin, y se trasladó á Spandau todo el material militar, quedando para cuidar del orden en la capital mil seiscientos vecinos armados, con ochocientos fusiles que pasaban de manos de los que salian del servicio á las de los que les reemplazaban, permitiéndose entrar de guardia solamente á ochocientos de una vez. Si estallaba alguna insurreccion importante, debía retirarse á Spandau el general Clarke, y esperar allí al mariscal Mortier; el vasto depósito de caballeria situado en Postdam, podia proporcionar

unos mil ginetes para patrullar, y apoderarse de los hombres aislados que recorrían la campiña desde que se dispersó el ejército prusiano; y por último, llegó la prevision hasta el estremo de registrar los bosques, á fin de recoger los cañones que los prusianos ocultaron en su fuga, y encerrarlos en las plazas fuertes.

Como el cuerpo del mariscal Davout entró en Berlin antes que los demas, habia tenido tiempo de descansar, y así, fué el primero que Napoleon encaminó hacia Custring, y desde este punto hacia la capital del gran ducado de Posen; el cuerpo del mariscal Augereau que fué el segundo que llegó á Berlin, y tambien habia descansado bastante, fué enviado por Custring y Landsberg hacia Natza, camino del Vistula, con encargo de que marchase á la izquierda de Davout; mas á la izquierda todavía, tenia orden el mariscal Lannes, que desde la capitulacion de Prenzlau residia en Stettin, que habia repuesto algun tanto sus tropas, llevaba de refuerzo el 28 de ligeros, y estaba provisto de capotes y calzado; habia recibido órdenes, decimos, de tomar víveres para ocho dias atravesar el rio Oder, pasar por Sturgard y Schueidmühl, y reunirse con Augereau en Natza, siendo inútil añadir que no debía dejar á Stettin sin ponerla antes en estado de defensa; y por último, dejando Murat que su caballeria fuese llegando de Lubeck á jornadas cortas, se le mandó trasladarse en persona á Berlin, tomar allí el mando de los coraceros, que habian descansado mientras los dragones corrían tras de los prusianos, y agregar á los coraceros los dragones de Beaumont y Klein, que habian salido algo detras de los demas en persecucion del



enemigo, y llevaban caballos frescos sacados del depósito de Postdam. Murat debia reunirse con aquella caballeria al mariscal Davout en Posen, llegar antes que él á Varsovia, y ponerse á la cabeza de todas las tropas que se dirigian hácia Polonia mientras no iba á mandarlas Napoleon. En cuanto á éste, como los rusos estaban todavía muy lejos del Vistula, se aprovechaba de aquella tardanza para despachar en Berlin los muchos negocios que traia entre manos, y dejaba que su cuñado diese principio al movimiento hácia Polonia, y sondease las disposiciones de que los polacos se hallaban animados acerca de una insurreccion, porque ninguno era tan apropiado como Murat para escitar su entusiasmo participando de él.

Mientras que el ejército francés atravesaba el rio Oder y avanzaba hácia el Vistula, el príncipe Gerónimo, al frente de los wurtembergenses, y bávaros, y secundado por el general Vandamme, hombre tan hábil como vigoroso, debia invadir la Silesia, sitiar las plazas de aquel pais, conducir parte de sus tropas hasta Kalisch, y cubrir con esto contra Austria la derecha que marchase hácia Posen.

Las tropas que se dirigian hácia Polonia podrian ascender á unos ochenta mil hombres, entre los cuales figuraba por veinte y tres mil el cuerpo del mariscal Davout, el del mariscal Augereau por diez y siete mil, el del mariscal Lannes por diez y ocho mil, el destacamento del príncipe Gerónimo enviado á Kalisch por catorce mil, y por último, la reserva de caballeria de Murat por nueve ó diez mil; pero aquellas fuerzas eran mas que suficientes para hacer frente á los rusos y prusianos que

estábamos espuestos á encontrar desde luego.

En este intervalo salian de Lubeck para Berlin los cuerpos de los mariscales Soult y Bernadotte, que debian permanecer alguno tiempo en aquella capital, rehacerse en ella, y proveerse de cuanto les hiciera falta. El mariscal Ney que se trasladó á ella despues de la capitulacion de Magdeburgo, se preparaba á marchar hácia el Oder: de suerte que, incluyendo la guardia imperial, la division de granaderos y cazadores del general Oudinot, el resto de la caballeria de reserva que descansaba en Berlin, y los tres cuerpos de los mariscales Soult, Bernadotte y Ney, podia disponer Napoleon de otro ejército de ochenta mil hombres, á cuya cabeza debia trasladarse á Polonia, para sostener el movimiento del que iba delante.

El mariscal Davout, que fué el primero que se dirigió á Posen, era un hombre tan firme como sedudo, de quien no habia que temer imprudencia alguna, y así le inició Napoleon en su verdadero modo de pensar acerca de Polonia. Napoleon estaba decidido enteramente á reparar el daño de gravedad que habia causado á Europa la abolicion de aquel antiguo reino: pero conocia harto bien lo inmensamente difícil que era volver á constituir en nacion un estado destruido, sobre todo cuando se trataba de un pueblo tan afamado por su espíritu anárquico como por su valor. No queria, pues, meterse en semejante empresa, sino con condiciones que, sino asegurasen su logro, á lo menos lo hiciesen probable; y para ello necesitaba antes que nada conseguir brillantes triunfos al tiempo de avanzar hácia las llanuras del Norte, donde halló su ruina Carlos XII; y despues que todos los po-



lacos le ayudasen con unánime entusiasmo á alanzar aquellos triunfos, á fin de convencerse de la solidez del nuevo estado que se iba á fundar entre tres potencias enemigas, esto es, Rusia, Prusia y Austria.—Cuando yo vea á todos los polacos en pie, dijo Napoleon al mariscal Davout, proclamaré su independencia, pero no antes.—Y animado de esta idea, mandó que fuese en pos de las tropas francesas un convoy de armas de toda especie, á fin de armar la insurreccion, si, como se anunciaba, se hacia general.

Dejando atras el mariscal Davout los cuerpos de ejército que debian partir del Oder, se puso en movimiento á principios de noviembre, con el orden, con la severa disciplina que acostumbraba mantener en sus tropas. Antes de emprender la marcha, manifestó á sus soldados que entrar en Polonia era entrar en un pais amigo, por lo cual debian tratarlo como á tal; y como se hubiese introducido, segun hemos dicho ya, cierta indisciplinada en las filas de la caballería ligera, la cual contribuye mas á los desordenes por lo mismo que toma mas parte en ella, Davout mandó fusilar en presencia del tercer cuerpo, á dos soldados de aquella arma que habian cometido algunos excesos.

En seguida avanzó con tres divisiones hácia Posen, pais que se parece mucho, entre el Oder y el Vístula, al que se estiende del Elba al Oder. Lo mas generalmente hay que recorrer llanuras arenosas, en medio de las cuales crece con facilidad todo árbol resinoso, pero sobre todo el abeto; y como debajo de la capa de arena se halla una especie de arcilla propia para ser cultivada,

unas veces anegada bajo la arena misma, y sobre nadando otras en la superficie, se encuentra en medio de los bosques de abetos grandes claros, bastante bien cultivados, y en ellos alguna que otra poblacion escasa, pobre, pero robusta, y que vive bajo los árboles, en chozas. El caminar por aquel terreno es inmensamente difícil, porque á la arena movediza sucede una greda en que todo se hunde apenas llueve, y que se convierte al cabo de algunos dias de lluvia en un vasto mar de lodo. Si no se acude á sacar de allí á los hombres, parecen enterrados en el barro, y en cuanto á cañones, caballos y bagages, desaparecen en aquella sima, sin que pueda sacarlos todo un ejército. Así es que únicamente en el verano, cuando la tierra está enteramente seca, ó en el invierno, cuando de resultas de grandes heladas toma el terreno la consistencia de la piedra, se puede pelear en aquella porcion de los llanos del Norte; pero toda estacion intermedia es mortal para las combinaciones militares, sobre todo para las mas hábiles, las cuales dependen, como es sabido, de la rapidez en los movimientos.

Estos caracteres físicos solo se presentan reunidos al acercarse al Vístula, y sobre todo mas á lo lejos entre el mismo Vístula y el Niemen; pero empiezan á verse despues que se pasa el Oder. En aquellas vastas llanuras se nota un fenómeno particular que ya hemos señalado, y que consiste en que alzándose los arenales en forma de dunas á lo largo del mar, arrojan las aguas hácia el interior del pais, donde forman muchos lagos, desaguan en riachuelos, y despues se reune con otros mayores, hasta que se acumulan, convirtién-



dose en anchos rios, como el Elba, el Oder y el Vistula, capaces de abrirse paso por medio de la barrera que oponen los arenales. En Brandeburgo, y Mecklemburgo, es decir, entre el Elba y el Oder, pais en que nuestro ejército persiguió á los prusianos, habrán notado nuestros lectores estas particularidades de la naturaleza; pero resaltan mas entre el Oder y el Vistula, donde se levantan los arenales y retienen las aguas, las cuales corren hácia el Oder, por el Netza y el Waria. El Netza viene de la izquierda, y el Warta de la derecha, para el que vá de Berlin á Varsovia, y despues de circular uno y otro entre el Vistula, y el Oder, se reunen, para desaguar juntos en el Oder, hácia Custrin. El pais que se encuentra á lo largo del mar, forma lo que se llama la Pomerania prusiana, y es aleman por sus habitantes, y por el espíritu de que se halla animado. La parte interior regada por el Netza y el Warta, es pantanosa, arcillosa, bastante cultivada, y slava por la raza á que pertenecen sus habitantes, siendo aquella la Posnania, ó gran ducado de Posen, cuya capital es Posen, ciudad de cierta importancia, situada á orillas del mismo Warta.

Aquella provincia era la en que se notaba mas ardor entre los polacos, quienes, convertidos en prusianos, sufrían al parecer con mayor impaciencia que los demas, el yugo estrangero. Esto no es estraño, pues en primer lugar, la raza alemana y la slava, que vivían juntas en aquella frontera de la Pomerania y el ducado de Posen, se aborrecían por instinto, siendo tanto ó mas vivo su ódio, cuanto mayor era la diferencia entre ambas. En segundo lugar, sin contar aquel ódio, que

por lo regular nace de la vecindad, los polacos no podían olvidar que los prusianos fueron en el reinado del gran Federico los principales autores de la reparticion de Polonia, que despues se portaron con suma perfidia, y acabaron de arruinar á su patria, despues de haber favorecido la insurreccion. Por último, el ver á Varsovia en manos de los prusianos, hacia fuesen mas odiados que sus comparticipes, llegando á tal punto el ódio que les tenían los polacos, que casi hubieran mirado como una emancipacion libertarse del yugo del rey de Prusia, para pertenecer á un emperador de Rusia, que reuniese bajo un mismo cetro todas las provincias polacas, siendo proclamado rey de Polonia. De consiguiente, en el ducado de Posen mas que en ninguna otra parte de Polonia, se mostraban inclinados á la insurreccion.

Tal era bajo el aspecto físico y moral, el pais que los franceses iban atravesando en aquel momento; pero á pesar de lo diferente que aquel era de su clima natal, á pesar sobre todo de la diferencia que habia de él á los de Egipto ó Italia, donde habian vivido tanto tiempo, estaban tan alegres y confiados como siempre, y la novedad misma del pais que recorrían, era para ellos un motivo de broma, mas bien que de amargas quejas. Por otra parte, lo bien que les acogían los habitantes, les indemnizaba de sus trabajos, pues los vecinos de las aldeas salían al camino, y les ofrecían viveres y las hebidas que hay en aquel pais.

Pero no es en los campos, sino entre las poblaciones aglomeradas, es decir en el seno de las ciudades, donde estalla con mas fuerza el entusiasmo de los pueblos. Así es que las disposicio-